

Nº40.

26 DICIEMBRE

1926

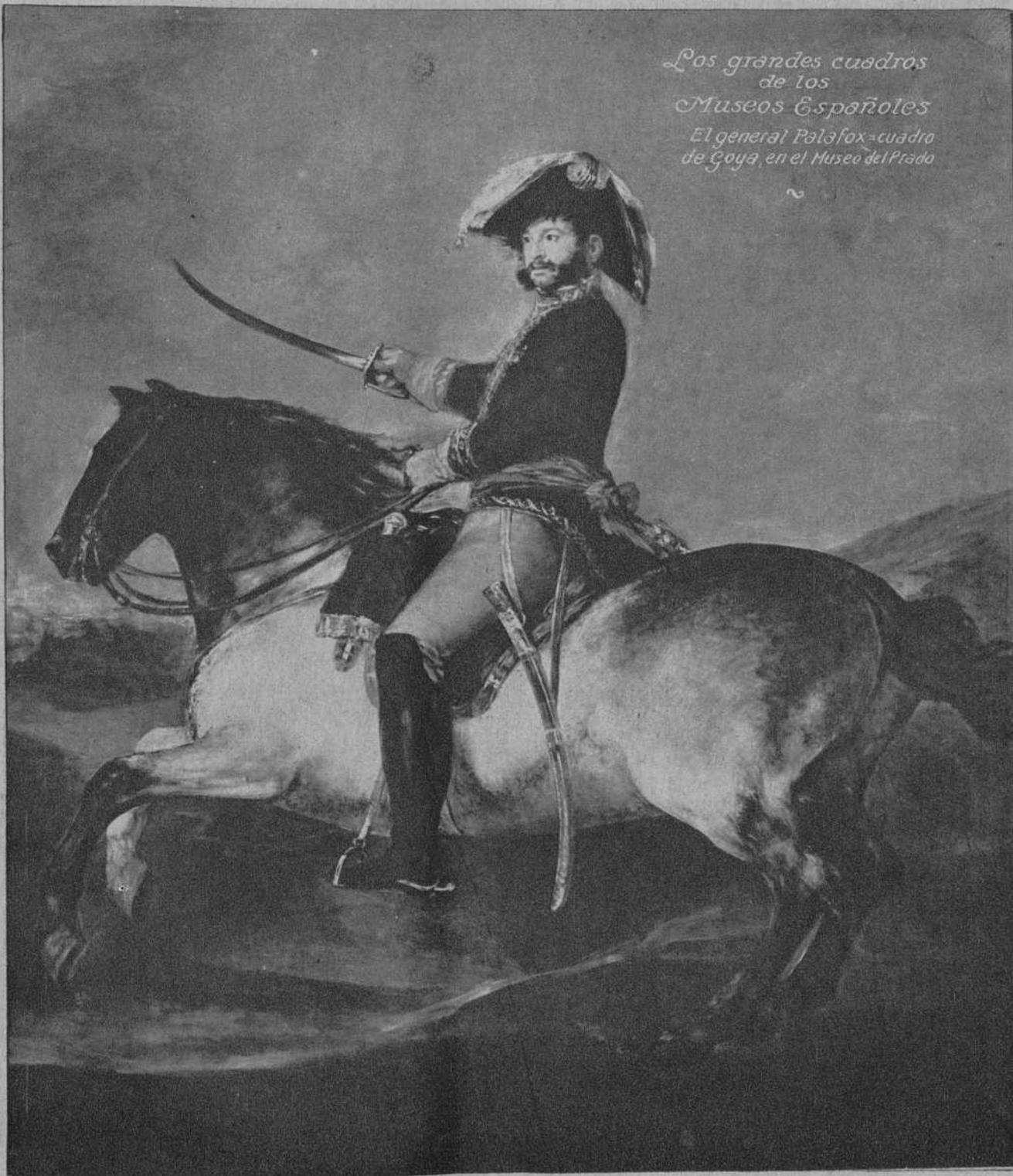
PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Dia Gráfico.

*Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
El general Palafox-cuadro
de Goya, en el Museo del Prado*





*Las figuras
de Nacimiento,
de Amadeu*



En las Iglesias catalanas, en la nuestra de Santa Ana, entre otras figuras esculturas notables de Ramon Amadeu, escultor que nació y murió en Barcelona, entre 1745 y 1821. Refugiado en Olot, durante la guerra de la Independencia modeló esas admirables figuras de nacimiento famosas en el arte escultórico catalán.

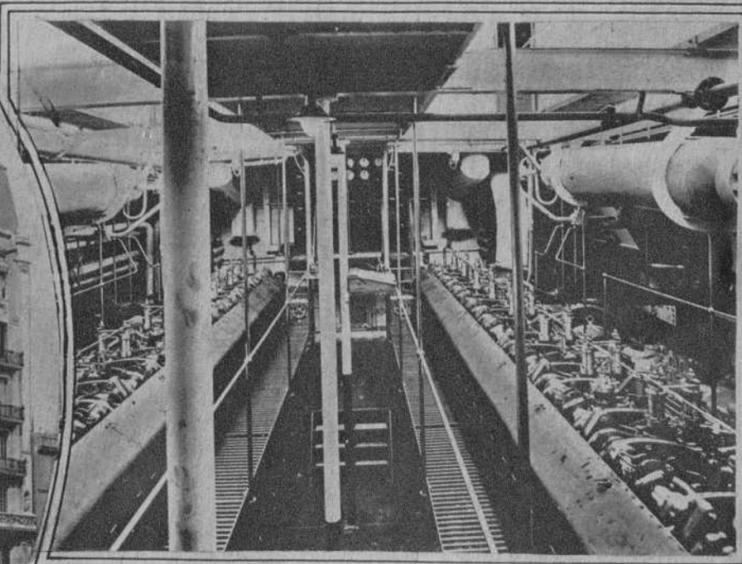
*Catedral de Gerona
Capilla del claustro de
"Nostra Senyora de la
Gracia i del Bell
Ull" hermosa joya
romànica.
(f. Vidal Vençosa)*



1907
1908
1909
1910

Edificio Social de la C^{ta} Trasmediterránea que posee una de las mejores y más nutridas flotas nacionales.

Navegación

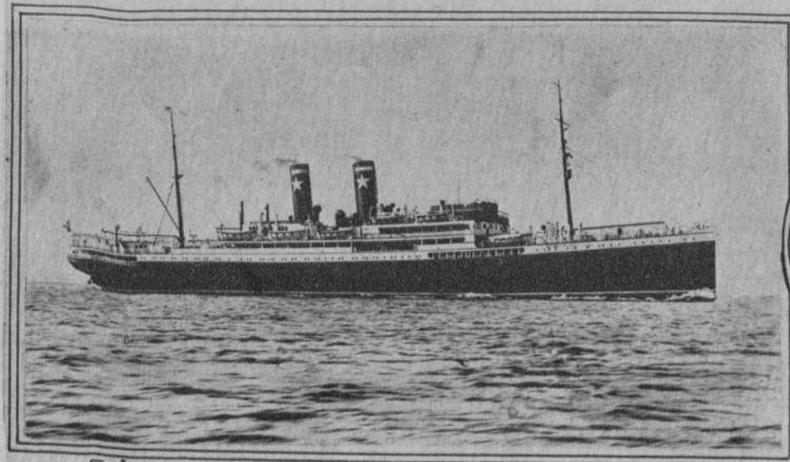


La maravilla técnica de los motores "DIESEL" que impulsan los barcos de la C^{ta} Trasmediterránea en sustitución de las calderas de vapor.

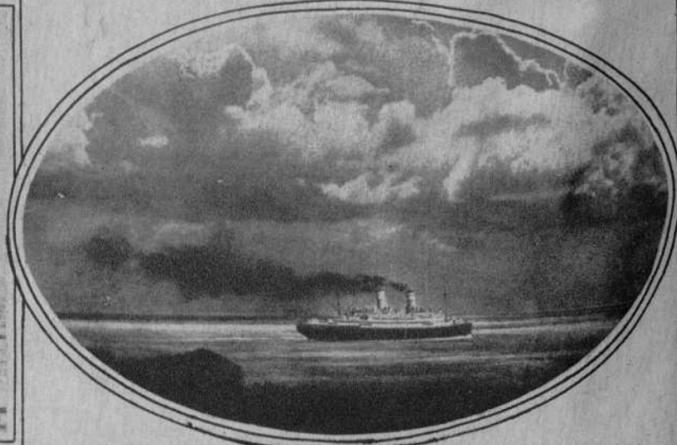
Del lujo y comodidad del Infanta Isabel de Borbón, da cuenta el suntuoso comedor de 3^a clase, Agente A. Ripol.



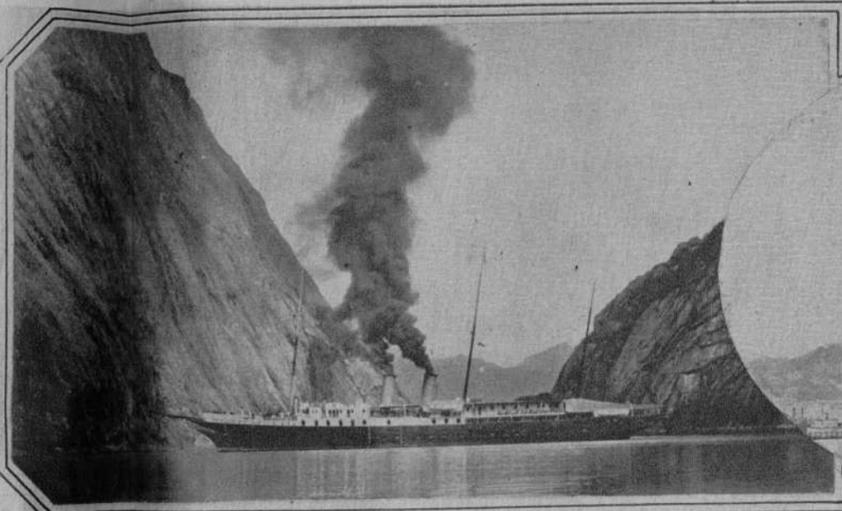
El "Mar Adriático" que con otros de su serie, realiza la casi totalidad de la importación de algodón. Consignado a Regala y Fontbona. Servicio regular, Barcelona Antillas, Norte América.



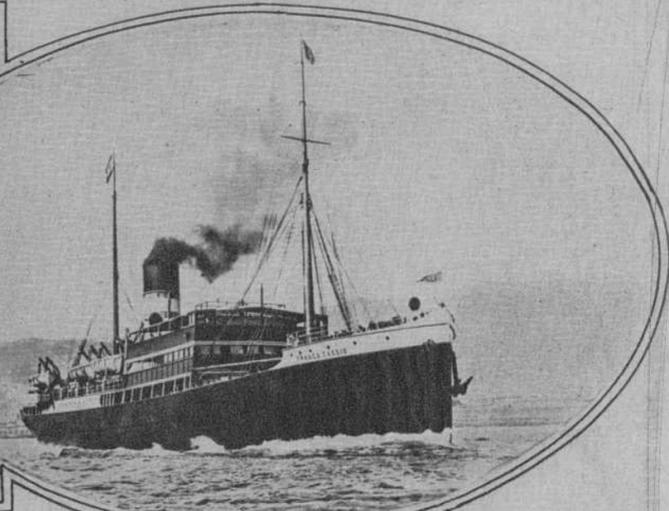
El "Heptunia" de la Sol-Silmar que tocando en Barcelona, está destinado a viajes de recreo, consignado a Italia América



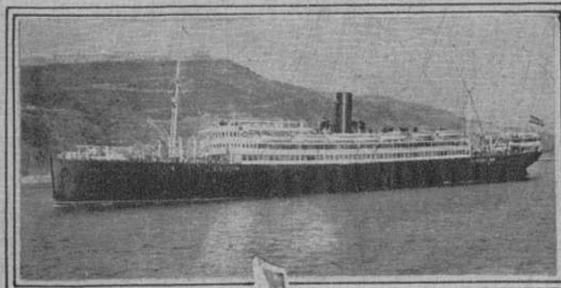
El "Conte Verde" muy admirado por su lujo, bate el record de velocidad en su itinerario. Perteneció al "Lloyd Sabaudó" y su consigna a H. de H. Condeminas



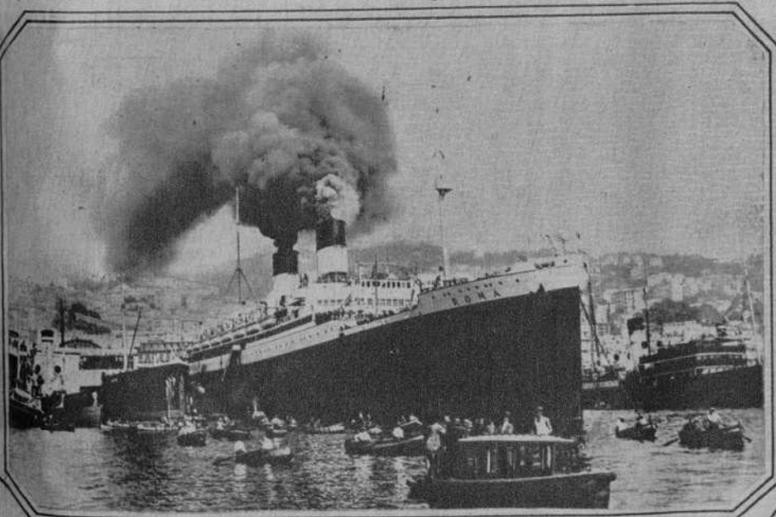
El "Stella Polaris" de la "Bergenske Dampskibsselskabs" consignado a Hijos de M. Condeminas, que en sus viajes de turismo, permite admirar las bellezas del Mediterraneo y otros mares.



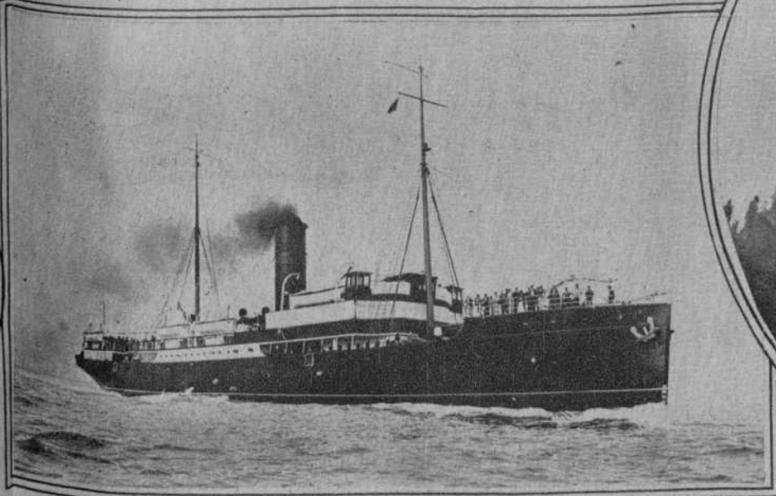
El "Francisco Ferrer", Expreso semanal de Barcelona a Genova - Agencia: T. Mallo Bosch.



El magnifico vapor "Infanta Isabel" de Borbón, de gran tonelaje y confort de la C^{ta} Trasmediterránea. Agente - A. Ripol.



El "Roma" de la "Navigazione Generale Italiana", de la línea New-York el mas grande de la Marina Mercante Italiana, consignado a Italia América.



El rapidísimo vapor "J.J. Sister" de la C^{ta} Trasmediterránea, provisto de los mejores motores "DIESEL"

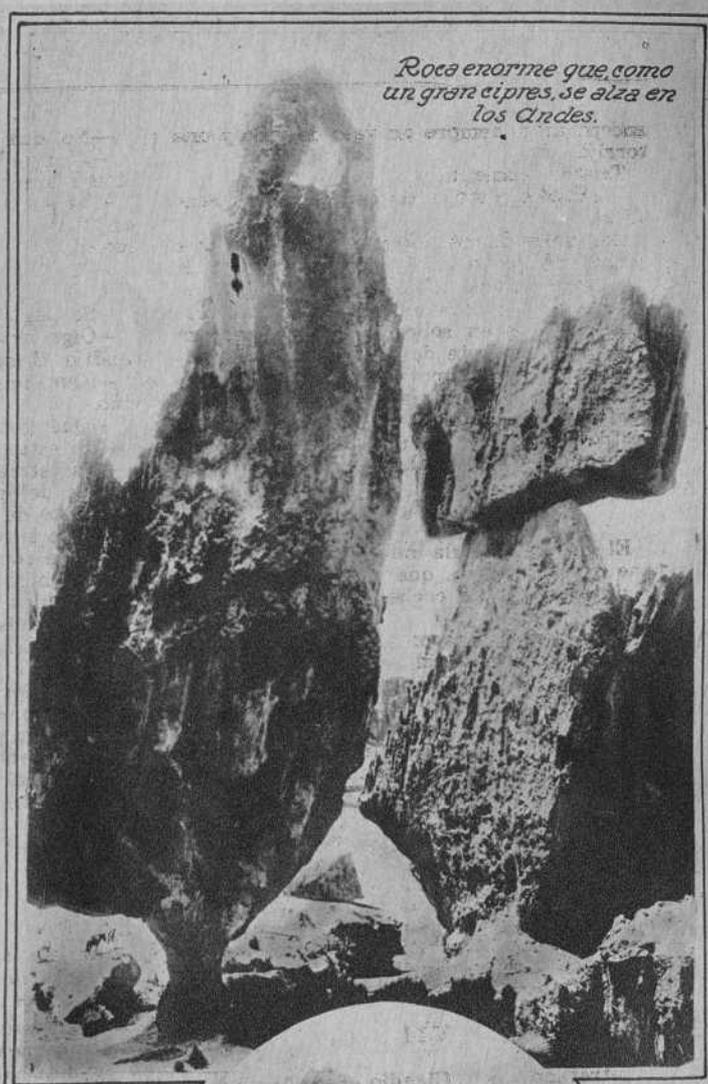


El "Cabo Tortosa", de la C^{ta} Ibarra que carga para New-York provisto de motores Diesel.

*Dos gigantes en las montañas del Canadá,
que parecen montseralinas*



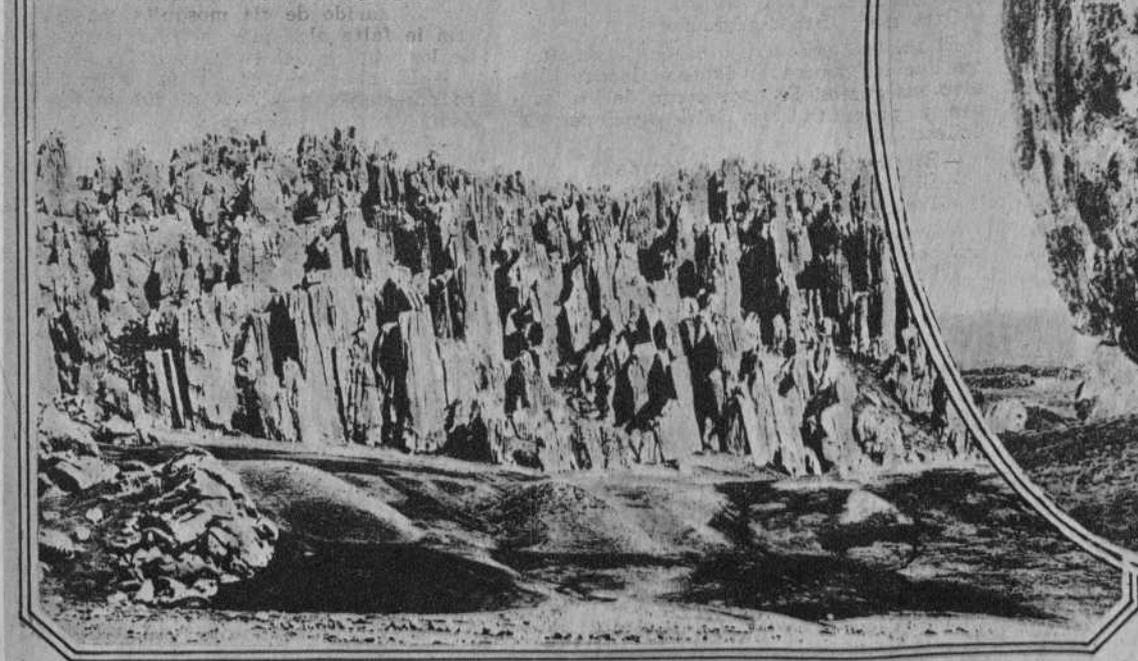
*Roca enorme que como
un gran ciprés, se alza en
los Andes.*



La Naturaleza arquitecta

¿Tenemos en Cataluña la arquitectura sorprendente de Montserrat. ¿Al vez sea única. Pero en los Andes y en las Montañas Rocosas, halla el viajero las mas extraordinarias formas en los parages peñascosos

En las montañas rocosas.



Un ginete a la sombra de este árbol de los Andes

Costumbres vascas



Comparsas
de "Arthais"

Concurso de barrenadores



Las pruebas de bueyes



Concurso de
baile basco

Pais recio a la par que ingenud el caracter de los pueblos vascos se refleja en sus costumbres populares, en sus bailes, en sus rudas competiciones...



El Aureski

*Las imágenes
medievales
de Cataluña.*



*Virgen existente en el
Museo Diocesano de Lérida*

*Virgen gótica, siglo XIV
existente en la Iglesia de Argentera*

Flos Vidal Ventosa

Una historia vulgar

El Pavo Sentimental que murió de Nostalgia

por Santiago Espinel

En una alquería de los alrededores de Navaicarnero vinieron al mundo, cuando nadie los esperaba, un par de pavos, macho y hembra, que desde los primeros momentos fueron la admiración y el encanto de los dueños de la incubadora que les dió el ser. Nacieron por equivocación. Nadie contaba con ellos. La casualidad mezcló los huevos de pavo con los de gallina y el calor artificial hizo todo lo demás.

El día de su nacimiento se produjo gran revuelo en la alquería. Todo el mundo acudía a verlos.

—¡Qué bichos más raros!

—Son pavos

—¿Tan feos?

—Como salgan adelante, van a ser el orgullo del gallinero.

Los polluelos, compañeros de promoción de los pavos, compartían la admiración de sus dueños y se peleaban por estar al lado de los huéspedes inesperados.

Ellos empezaron a pavonearse al darse cuenta de su superioridad. Se volvieron graves, estirados y formales. Se tomaron la vida en serio. El rey—en este caso, el gallo semental de turno—no les era buen mozo. Y al ver que les echaban de comer aparte y que todos les contemplaban con tanta admiración, llegaron a creerse seres superiores y decidieron vivir en un alejamiento de buen tono, dejando de frecuentar los corrales de la plebe gallinácea y limitándose a pasear por el jardín, entre rosales y clavellinas.

La dueña de la alquería los tomó a su cuidado, sirviéndoles rica pitanza especial, compuesta de trigo y avena y obsequiándoles con nueces y otras golosinas.

Sus paverías les valieron el odio de la volatería vulgar hasta tal punto que, en vista de las reyertas frecuentes, su ama les hizo construir un departamento lujoso y se resignó a dejarles pasear solos por el jardín.

Los paseos del pavo y la pava eran un idilio constante. Bien cebados, desdénaban comer ciertos manjares. Nada de orugas. A lo sumo alguno que otro gusano de seda. Si decidían comer caracoles, tenían que ser de Burdeos. Sus golosinas eran las pintadas mariposas...

Y así vivieron felices hasta que llegó Navidad.

Ocho días antes de tan señalada fecha, sus dueños se detuvieron a contemplarlos.

—¡Qué gordos están!

—El pavo está hecho un gigante.

—Y la pava no puede estar más gorda.

—¿Nos los comemos?

—No.

—¿Los llevamos al mercado?

—Tampoco. He pensado enviárselos a don Gustavo Cicuéndez. Es persona influyente en la corte, nos resolvió el conflicto del

riego y creo que nos conviene estar bien con él.

—¿Se los vas a llevar tú mismo?

—¡Naturalmente!.. Mañana salgo para Madrid en el primer tren.

—Es un regalo digno de reyes.

—Sí; no creo que en Madrid haya pavos como éstos.

La suerte de los pavos quedó decidida. Y, al día siguiente salieron para la corte, despertando elogios a su paso. Ya en la estación se los pasaban las gentes de mano en mano.

—¡Vaya piezas, amigo!

—¿Los vende usted?..

—No. Son para un regalo.

—¡Feliz el mortal que los vea en su mesa.

—¡Qué pechuga tiene el condenado!

—¿Y los muslos de la pava?..

En el vagón, durante el trayecto, rodeó a la pareja de pavos un coro de alabanzas. Y por las calles de Madrid no digamos.

—¡Mi madre! ¡Qué par de pavos!

—¡Si parecen antediluvianos por el tamaño!

—¡No son moco de pavo! ¡Hay que ver!

—¡Llévelos usted a mi casa, que el que los compró se ha emudado!..

Los aludidos no cabían en sí de gozo. El pavo miraba arrobado a su dulce pareja, y ésta le correspondía con sumisas miradas de enamorada.

Por fin hicieron su entrada triunfal en el domicilio del afortunado señor Cicuéndez. ¡Menudo recibimiento les tributaron!.. Los chiquillos batían las palmas. Los señores de la casa se deshacían en elogios. La cocinera aseguraba que jamás había visto en el mercado piezas semejantes. El criado—un andaluz muy exagerado—decía que eran mayores que los becerros de su tierra.

El pavo y la pava no sabían cómo agradecer tantas finezas. Estaban cohibidos. Y cuando su dueño los dejó en la galería con sendas alpargatas atadas a la pata izquierda, decidieron dormir. ¡Estaban tan cansados del viaje!

Al despertar se miraron estupefactos. Parecían preguntarse: «¿Dónde estamos?..» El pavo soltó el moco y puso una cara muy triste. Quiso acercarse a su dulce amiga y se dió cuenta de que la alpargata le impedía andar con su habitual arrogancia. En la mirada de la pava reflejábale la nostalgia del jardín de la alquería, del murmullo del canalillo, del canto de los pajaritos, del vuelo de las mariposas...

Apuntaba el día y no se percibía el menor ruido. Tenían hambre y sed. Y sentían la asfixia de la atmósfera enrarecida del mirador de cristales que era su presidio. Se levantó el criado y se detuvo a contemplarlos. Luego volvió a entrar con el carnicero. Más tarde, con el basurero. Los rel-

terados elogios de que eran objeto empezaban a hacerlos sospechosos.

La primera visita de la señora de la casa—una deliciosa rubia otoñal envuelta en refulgente kimono carmesí—fué para los pavos. Les contempló detenidamente con sus dulcísimos ojos azules y, con voz melosa, dijo al criado:

—Francisco... La pava.

El criado se adelantó con paso resuelto, y agarrando a la pava por las patas, se la llevó a la cocina.

Otra vez el silencio. El pavo, que era un sentimental, empezó a entristecerse. Su figura esbelta tomó un aire de ciprés. La cola, lánguida, barria el suelo. Le asustaba su soledad y miraba azorado las paredes de su cárcel.

De pronto, oyó la voz del dueño de la casa:

—¡Francisco!

Silencio.

—¡Franciscoooo!..

Y la voz de su esposa:

—No le llores. ¿Qué quieres?.. Espera un poco. Está con la cocinera pelando la pava.

¡Ah, si el pavo hubiese entendido el sentido de aquellas palabras crueles!.. Porque él creyó que se trataba de la frase que otras veces había oído a los mozos y mozas de la alquería.

Y llegó el día de Navidad. La atmósfera estaba saturada de olores de cocina y de humo de habanos. Gritos, carcajadas, ruido infernal de gramófono... El pavo estaba aturdido.

A media tarde todos fueron a verle. Le acariciaron, le dieron turrónes... Uno de los chicos de la casa se empeñó en hacerle beber champán.

—¿Para cuándo lo guardáis?.. ¿Para Año Nuevo?..

—No. Para Reyes.

El pavo se negó a comer. Languidecía. El moco, flácido, perdió su bello rojo de coral. En vez del glú-glú retador de sus buenos tiempos de pavo privilegiado dejaba escapar, de vez en cuando, un leve suspiro que era como el piar de un pájaro enfermo. Se agudizaba en él ese aspecto de poeta melancólico que caracteriza a los animales de su especie.

El pavo murió la víspera de Reyes al atardecer.

—¡Lástima de animal!

—¿De qué habrá muerto?

—De nostalgia. Echaría de menos la pava. Estos animalitos se parecen mucho a nosotros.

El día de Reyes lo echaron a un muladar. Los orgullosos, los poderosos y los satisfechos pueden sacar ellos mismos la moraleja.

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XXI

La sardana

Tocaban a su término las representaciones que «Mujeres y Flores de España» se obligaron a dar en Atenas, e inútil es decir que las dificultades económicas iban acentuándose cada vez en proporciones más aterradoras.

Variábamos el programa constantemente, inventábamos «seratas d'onore» a tal o cual artista, anunciábamos conciertos en los intermedios y estábamos dispuestos no sólo a representar nuestro famoso «País de Sol», de tan excelente éxito «calorífero» en Egipto, sino a convertirlo en un espectáculo monstruo, que bien hubiera podido titularse: «País del Sol, de la Luna y de las estrellas».

Todo inútil. No podía salvarnos ni todo el sistema planetario. Habíamos perdido la brújula, y lo que es peor aún, habíamos perdido una gran parte de nuestras provisiones en amarillas libras esterlinas.

El vellocino de oro no se encontraba, seguramente, en Atenas. Se hallaría allí después de nuestra partida, cuando habríamos trocado nuestra última moneda por aquellos desdichados pedazos de billetes del Banco, a los que los indígenas llamaban irónicamente «dracmas», sin duda para no asustar a los incautos viajeros.

¡Aquello no eran «dracmas», sino «dramas!» Dramas verdaderos, auténticos, con ribetes de pavorosa tragedia. ¡En la vida habíamos soñado con moneda más dramática! ¡Ni cuando el marco alemán explotó la general codicia con el timo más famoso que registra la Historia!...

En estas circunstancias se me ocurrió la luminosa idea de reforzar el programa con el estreno del cuadro catalán titulado: «La mort de l'escolá», en el que, entre otras composiciones musicales, figuraba una bellísima sardana. Esta danza, de origen griego, lograría tal vez despertar el entusiasmo del público ateniense y llenar el teatro en las últimas representaciones de la compañía.

Se anunció el estreno con caracteres de solemnidad. Se ponderó en la Fronsá y en todos los tonos la pureza musical de la obra

y su origen, y se imprimió su argumento, para mejor comprensión del público.

Se trataba de un poema musical de extraordinaria belleza. En una aldea de Cataluña, en fiesta de sol y alegría, entre almendros en flor y al pie de Montserrat, azul cobalto—exuberante orgía de colores—aparecía el «Emigrant», el mozo que un día en lejanas tierras creyó morir de añoranza y de tristeza. Volvía triunfante, rico, vigoroso, a la tierra que le vio nacer. Volvía enamorado como nunca de su prometida, la moza más bella y garrida de la comarca, que supo esperar con amor y fe al enamorado...

Era el día de San Antonio, patrón de la aldea, y el hermano del «Emigrant», el «Herreu Riera», al festejar con los suyos y con el vecindario todo la jornada de fiesta, festejaron con la más ruidosa de las alegrías el retorno del que creyeron perdido para siempre...

Enardecía la sardana la alegría de los mozos, cuando las campanas del Monasterio, lentas, graves, solemniales, sellaron todos los labios y oprimieron los corazones todos. La última nota de la tenora, desgarrada como un lamento de dolor, se perdió sollozando en los ecos lejanos...

Austera, entonces, llegó la voz del órgano acompañando unas voces blancas de niño, lastimeras y doloridas...

¡Había muerto el «Escolá»!...

Y mientras el sol se ocultaba tras los picachos de la montaña, doblaban la rodilla en tierra los campesinos, sobrecogidos de emoción... y bajaba lentamente la cortina...

Queda expuesta a grandes rasgos, en las anteriores líneas, la sencilla fábula que bajo el título de «Montserrat», dimos a conocer al público de Atenas. Lo que no queda dicho, no obstante, es que al reclamo de la misma acudieron contadísimos atenienses. Pocos más de los que a diario favorecían el teatro.

El cuadro, sea dicho en honor a la verdad, pasó sin pena ni gloria, pese al origen griego de la sardana y pese al origen griego de la alpargata catalana. ¡Maldito lo que a los atenienses les importaba nuestro bagaje artístico!

Al bajar el telón, entre discretos aplausos, confíctico sinceramente mi asombro, primero, mi indignación, después. Mi indigna-

ción, sobre todo, no tuvo límites. Se desbordó contra el público, contra los intérpretes, contra la falta de justeza y seguridad con que había transcurrido la representación. Un detalle, mayormente, llegó a excitar mi cólera: el sonido de la campana, demasiado débil, no había llegado lo bastante al público, para producir el efecto deseado. El contraste de la alegría y el dolor, de efecto siempre seguro en el público, no se había producido suficientemente para sobrecoger el ánimo del espectador. La orquesta, tampoco había secundado el momento dramático, desgarrando materialmente, al sonar la campana, la nota que producían los instrumentos.

A la siguiente representación quedaría todo subsanado y la fuerza del cuadro subyugaría al espectador de manera irresistible. ¡No faltaba más! ¡Si no podía fallar! Pero era indispensable poner atención a lo que se hacía. ¡Trabajar con amor! ¡Con alma! ¡Con arte!... ¡Aquello no eran cómicos!... ¡Eran ganapanes sin sentimiento artístico! ¡Habría que ver que «fallase» su cuadro de tan soberana emoción!...

Con estas y otras inectivas, aderezadas con unos cuantos tacos e improprios, que reservaba para las ocasiones solemnes, pasé mi furor a grito pelado por el escenario.

Y llegó la segunda representación. Yo mismo me encargué de producir el sonido de la campana. Así quedaba asegurado su efecto. Sonaría a tiempo y bien. La representación se deslizó felizmente. Y llegó el momento culminante. Levanté el martillo que empuñaba con mano nerviosa, y descargué un golpe formidable contra el tubo metálico que había de producir el doblar de la campana.

¡Horror!

El cordel que lo sostenía, corroído por la acción del tiempo, no pudo sostener la furiosa acometida de mi brazo, y el maldito tubo se vino abajo con infernal estépito. Los artistas, azarados, tuvieron, no obstante, la presencia de ánimo necesaria para terminar su cometido y bajó el telón con los discretos aplausos del día anterior.

Ni uno más ni uno menos.

En el zarzambamiento del campanario había podido sacarlo de su insensibilidad!

UN DUELO

por ESTEBAN FERNANI ALEGRET

I

—Al grito de orden: ¡una, dos, tres! debe usted levantar la pistola a la altura de su cabeza y presionar el gatillo. Es natural: los disparos serán simultáneos y «el golpe de vista» certero y la Providencia juzgará.

—¡Bien, muy bien!—exclamó don Torcuato Cepeda, que con su amigo y entonces instructor, el coronel Blanco, platicaban seriamente en un saloncillo reservado del «Círculo de Armas» matritense.

—¡Ánimo, mucho ánimo, mi querido amigo, y firmeza, ¡ah! mucha firmeza. A propósito de este lance quiero que usted recuerde mis sonadas contiendas del Bois cuando yo era un arrojado tenientillo de muchos humos. En la «pimpante» capital del Sena, donde me instruí en la carrera militar, por un «quitame allá esas pajas», originaba un escándalo y concertaba un desafío. ¡Cavilaciones lóbregas! ¡Cál! La víspera, alguna que otra juerga en el Moulin y fuentes de champagne me comunicaban valor y por la madrugada ¡al campo! con una serenidad y espíritu jovial que favorecían el triunfo de mis fueros—decíale el coronel—. Y, ofreciéndole una copa rebosante de Jerez, continuó: —Eso, aparte, yo reconozco que su malestar es cosa muy natural. Usted no ha nacido ni ha tenido vocación para ser, no obstante su condición de civil, un hombre de armas tomar, y créame que esta negligencia le es ahora pernicioso. Usted ha sido, durante su ciclo de existencia anterior a esta delicada situación, un hombre entregado en alma y cuerpo a los negocios, illos pícaros negocios!... Ya sé lo que usted piensa alegar en su defensa, pero nada será capaz de convencerme de que a usted no se le puede impugnar el imperdonable olvido de un punto muy importante en la vida de relación social de un caballero: el culto del honor. Es lógico que tuviera sus excesos aquella época de la historia humana en que «os hombres portaban tizona al cinto», pero eran tiempos y usanzas felices. Hoy día, las obligaciones y trueques del siglo vuelven a nuestra pobre humanidad algo semejante a las máquinas que ha ideado, quedando muy olvidada la «cosa espiritual». ¿Me comprende usted?

—Claro está, mi estimado coronel—murmuró el interpelado, hundido con el abandono de una preocupación dominante en un mullido «great father». De temperamento tímido y bondadoso, don Torcuato no podía sobrellevar con entereza la creciente e invencible sensación de secreto temor que convulsionaba su sistema nervioso hasta afectado por las emociones que eran consecuencia de las alternativas financieras de que dependían su fortuna y su crédito.

—Pero ahora entré usted, a pesar de todo, en un período de reparación. Como al conjuro de la violenta escena de ayer—cuyo promotor, el mozalbete de marras, recibió con el bofetón que usted le propinó el justo castigo de sus ultrajes inconscientes—despertó su hidalguía. Es enérgica la prueba, pero tengo la evidencia de que usted saldrá airoso.

Alentado por el silencio de su interlocutor, que suponía causa de las reflexiones que su disgresión motivaba, el coronel se animaba y, movido por su simpatía, procuraba llevarle el sosiego del optimismo.

Muy lejos de atender la chéchara de su instructor, don Torcuato era la presa de un febril crisis anímica. En vagas introspección, desfilaban por su memoria las escenas que le arrastraron a un desenlace tan fatal y tan próximo: el duelo, la bárbara ordalía,

Y, sin embargo, aquello era para el mundo el único recurso para conservar sin mácula su honorable reputación que arrastraba por el cieno de la murmuración, en su ciego despecho, el escarnio satírico que propalara en una de las muchas camarillas de holgazanes burlones o cuasi barbilampiño universitario, epiléptico y de viciosas pretenciones. Dicho truhán, de buena familia, abusando de las muestras de simpatía que le tributaba don Torcuato, pretendió, en un raptó de libidine, entronizarse en el corazón de la honesta esposa de su confiado amigo... Mas, el pobrecillo, encontró a la fortaleza inexpugnable, es decir, a un espíritu recto, amante cultor de los principios domésticos y un sonoro cachete al más ligero amago de atrevimiento, seguido de un «patitas en la calle» enérgico y nada lisonsejo. Quedaron truncadas las relaciones, pero como el escarmiento privado no es nunca suficiente a los espíritus perversos al despecho, sucedió la difamación, y como consecuencia, al generoso olvido de don Torcuato, la ira y el arrebatador deseo de un desagravio ejemplar.

Castigada la insolencia, ésta se amparó para la venganza en la extraña costumbre del duelo. El epílogo debía resumirse en un campo, alejado de la vista paternal policíaca, dos pistolas y dos balas, y el honor quedaría salvado... aunque perdida alguna vida en la hucga.

Inevitable el lance, don Torcuato no fiaba de sus fuerzas; se aferraba como los contemporáneos de Childerico y Clodoveo, en la creencia de la intervención de un poder divino supremo—la Providencia—que habría de dirimir en la balanza de la justicia la legitimidad de los motivos que una suerte de armas confirmaría. Aun supuesto este factor, su espíritu se atribulaba; le horrorizaba la idea de matar, la necesidad que imponían las convenciones sociales de verter sangre y lavar con un delito mayor la ofensa menor. Así, abstraído, la calorosa charla del coronel no impresionaba su conciencia y sus palabras llegaban a sus oídos suaves como el cierre de un abanico o rimbombantes como las notas de un gongó japonés.

II

A la dulce paz del hogar sucedió la angustia de un próximo desastre. La garra del temor se había clavado muy hondo en el tierno corazoncito de Natalia, su esposa, y le hacía entrever los dolorosos cuadros de su adorado hogar aniquilado.

Mientras los pequeños, alejados de las cosas graves, reían y jugaban con el bullido de siempre, la madre ocultaba sus lágrimas o desfogaba, escondida con ellas, su cruel excitación de alma.

La cena de la víspera transcurrió silenciosa con la congoja retratada en sus rostros, cuyos ojos esquivaban el desmayo de la mirada.

—¡Tú no harás eso, por mí, por tus hijos!...—le suplicó ella con el anhelo de una retractación salvadora—. El procuró esbozar una sonrisa:

—¿Por qué temes? ¿Me supones tan torpe?

—¡Oh! No te burlas de mi ruego; sofoca el grito airado que clama venganza y pone en inminente peligro tu vida; no te dejes esclavizar por las leyes aciagas del mundo; olvida...—

Sus palabras le martirizaban aun más que sus dolorosas cavilaciones, pero fluctuando entre la natural indignación, el amor propio de su hombría, y la ley social que no podía esquivar le alteraban.

—¡El mundo lo exige, Natalia, y, además, yo lo quiero!—exclamó con el acento enérgico de una irrevocable decisión.

Ella le miró con estupor. Aquellas palabras la enloquecieron, precipitaron la eclósión de la crisis que clavaba la zarpa en su espíritu cariñoso y tímido. Tembló su cuerpo como la hoja que azota la borrasca, y vencida por la emoción, cayó desfalleciente en sus brazos. Era el summum de sufrimiento que podía tolerar, y don Torcuato, bañados de lágrimas sus ojos, estrechó su cabecita contra su pecho, probó y besó dulcemente sus sedosas guedejas.

III

Con la reserva y misterio de carbonarios, convergieron al lugar determinados rivales, testigos y facultativos imprescindibles.

El lugar era un prado encerrado entre añosos y copudos árboles donde elevaban al cielo su himno de gracias el martillo de grillos y cigarras que se unían al sbraso trinar de las avejillas silvestres. Brillaba soberano el sol en la bóveda azulina, reverberando sus rayos blanquísimos en el césped y el follaje lozanos constelados de gotas de rocío. La brisa matinal, llevando los rústicos aromas del bosque, entonaba su eterna armonía.

Con aquella alegría de vida y esplendor de Natura contrastaban los rostros fúnebres y pálidos de los congregados. Lentos y severos, luego del saludo, efectuaron la medida del espacio reglamentario, la prueba y riguroso examen de armas y proyectiles, la situación de los rivales y entrega del arma respectiva.

Aunque acosado por ideas lúgubres, el enemigo de don Torcuato, suponiéndose el héroe de las crónicas gaceteras, no se condolía de ser el motivo de la tragedia; pero en su adversario—cuya faz demacrada y envejecida por la tortura de una noche de insomnio revelaba espasmo—se desarrollaban las etapas angustiosas de la convulsión psíquica.

Al íntimo temor de antaño, siguió la seguridad de la muerte; el cuadro luctuoso de su hogar destruido; de su esposa desesperada; de sus hijos huérfanos... tesoro y seres que idolatraba... y el corazón enfermo se debatía en estertores de agonía.

—¿Caballeros? ¡Atención!—exclamó secamente el juez.

A su influjo pareció retraerse el corazón de don Torcuato; fueron más lentos, casi nulos, sus latidos; una extraña sensación de asfixia le angustió, tetanizó sus músculos como si fuera esclavo de un monstruo invisible.

—¡Valor, mi buen Torcuato, valor!—susurró casi a sus oídos con voz cálida y fervorosa el coronel—. Estrechóle afectuosamente la diestra y se separó de la línea de fuego.

—¡Una... dos... tres!

Tres palabras que pusieron en conexión misteriosa fuerzas eléctricas que movieron a los hombres como si fuesen autómatas y el disparo dual repercutió sonoro.

Aun no disipado el humo, don Torcuato vaciló y cayó de bruces «como cuerpo muerto caído». A su caída, siguió la carrera en su dirección de los circunstantes—excepto del rival que había quedado en su lugar como atacado de repentina parálisis. Se libró de vestiduras al pecho, se buscó la sangre reveladora, la herida, con ansias, con angustia febrilmente... ¡no apareció ni el vestigio de un rasguño! Las balas se habían perdido, y, sin embargo, el hombre ¡había muerto!

En el día de San Esteban Al simpático y bueno del "Senyor Esteve"

por MACARIO GOLFERICHIS

«Per molts anys, senyor Esteve...

Déjame felicitarte en tu fiesta. ¡Oh! infelicitado señor Esteve!, pues a tí y sólo a tí debe el modo de ser y de pensar la actual Barcelona. Tú, desde tu tienda, junto a la gótica Santa María del Mar, metido en tu renombrada «La Puntual», fuiste el impulsor de nuestro desenvolvimiento, y el mismo nombre del rótulo de tu tienda, «La Puntual», es una enciclopedia de los deberes y derechos de una casa de comercio y encierra todo un tratado de Derecho más amplio y más profundo que el Alcubilla, es decir, el Código del tendero; puntualidad en los cobros y puntualidad en los pagos. El señor Esteve, es más héroe que el Cid y que el soldado desconocido. Nunca dió piedras en garantía de oro, ni cayó obedeciendo un orden que él no dió. El señor Esteve no pone nunca firma ni aval que no pueda, puntualmente, cumplir. Su haber es el fruto de su sacrificio. Sacrificio en el comer, sacrificio en el vestir, sacrificio viviendo en aquel entresuelo, sin luz ni aire, para no abandonar la tienda, sacrificio de todo placer lícito y sacrificio aún del amor. Pero en el sacrificio no va solo. Su esposa, la Tomaseta, es otra heroína, defendiendo ambos la hacienda que van amasando, y el cau-

dal crece y es defendido como no defendió general alguno una plaza sitiada.

Los «americanos», que van llegando a nuestra Barcelona, aportan el oro amasado. Dios sabe cómo, en lejanos países, pero allí han tenido que sufrir el desprecio que siente el criollo por el «gallego», o bien en clima ingrato, ha debido luchar contra todo. Tú, ¡Oh, mi buen señor Esteve! metido en tu tienda, has sido respetado por tus convecinos y conciudadanos y has amontonado dinero sin otro sacrificio que el tuyo, pero este sacrificio era la proyección de tu espíritu, porque te sentías feliz al lado de tu Tomaseta, en tus paseos matrimoniales por la Muralla de Mar, en las fiestas familiares, con «panellets» y castañas, con turrones y barquillos, con los azucarados fideos con que celebrabas la fiesta de primero de año en tu parroquia, con los «tortells» de San Pablo y San Antón. Así escalonabas la monotonía de tu vida, pero tu brasero no apagábase en las veladas de invierno, en las que te sentías feliz. Y mientras tu hijo estudiaba y hundía las manos en los cuadernos y libretas, y la Tomaseta repasaba la colada o remendaba ropa, tú pensabas en ampliar el negocio, escribiendo y consultando al viajante.

Te felicito, heroico señor Esteve, pero me

apena que muchos de tus nietos no te feliciten y respeten cual yo te felicito y respeto. Pero he de hacer constar que algunos de tus nietos no sólo no te felicitan sino que recuerdan la irónica frase: «d'en Pau ni els vicis ni les virtuts, sols les pesetes», y se han aprovechado de tu perspicacia para ganarlas, pero esconden, cuidadosamente, su origen y su nombre.

Las chicas no quieren parecer Tomasetas, sino girls o madamitas. Los chicos se acanallan por los cabarets. Y no tardarán a hacer bueno el refrán de «el padre peruletero, el hijo caballero y el nieto pordiosero». Barcelona, en tanto, sufrirá sacudidas, verá penachos de llamas cual viste tú el año 1835 y vi yo en 1909, lucharán sus hijos por ideas o por intereses, pero ella marchará ascendente, y tú, en tu estrecho nicho, verás cómo la piqueta derriba nuestro viejo cementerio, cual tú padre vió desaparecer los cementerios del interior de la ciudad.

Conste que te felicito, inmortal héroe, y quiera Dios que veamos levantarse en Barcelona dos monumentos. Uno, a la Marieta y el soldado, junto a la Font del Gat, y otro a vosotros, ¡oh señor Esteve y Tomaseta!, emplazado en la Reforma o en el Borne.

(Prohibida la reproducción)

El muerto al hoyo

Novela corta, por EDUARDO M. DEL PORTILLO

I

En la madrugada jocunda y confiada de agosto, van llegando a la casa del suegro difunto, uno por uno, cinco yernos. Gime al lado de la cama la hija preferida, la que «cassada y todo» según la expresión al uso —permaneció junto al padre, dando lugar a que se enfadaran las otras hermanas, que «veían mal» aquella preferencia por la «segunda»—al orden de nacimiento nos atenemos—en desprecio de las cinco restantes, todas casadas y con hijos, mientras «la mosquita muerta», que captó la voluntad del progenitor, disfrutaba «cómoda esterilidad»...

—¡Pobre papá!—dice el yerno tercero, que llegó en primer lugar, con esa cara estúpida que «se le pone» a todo el que finge un dolor, mientras le acelera el bolo histérico, cierta y escondida esperanza regocijante.

—¿A qué hora «ha sido»?

—Hace treinta minutos; lo que hemos tardado en avisarle—contesta el «segundo», fumando el enésimo pitillo, cohibido y receloso de la llegada de sus hermanos políticos que seguramente irán aportando con «las del verí» contra él.

Suena la campanilla, vagamente, casi con temor, y entran en escena los yernos primero y cuarto, que se acaban de encontrar en la escalera.

—¿Qué pasa?

—¡Llego a tiempo de verle vivo?

—Por desgracia, no.

—¡Vaya por Dios!—exclama el número uno con las facciones rígidas, indómitas a obedecer la voluntad de su dueño, que quiere afectarse.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace poco más de media hora.

La alcoba se llena de un olor inconfundible, mezclándose al de los medicamentos, con los tarros todos destapados, porque en el azoramiento del último instante se le han dado de una vez todas las píeimas a aquella masa humana antes de que empezase a entrar en la inercia.

—¿Y Benedicto?

—Ya veréis cómo «ese» viene el último—asegura, cerrándose de entrecejo el marido de «la mosquita muerta».

Benedicto es el yerno número cinco; el rebelde. El encargado de decirle las verdades al suegro y «al lucero del alba»; el que siempre saludaba a sus cuñados «los segundos», los predilectos, con la mortificante interrogación grosera:

—¿Qué «ise chupa del bote?».

El primero se acuerda—viene acordándose desde que salió de su casa—de que es «el hermano mayor», y desde «este» triste momento el que debe hacer las veces de amo de casa.

—Bueno—resuelve—. ¿Se ha avisado a las pompas fúnebres?

—Sí—replica el segundo.

—¿Se han encargado las esquelas?

—No. Pero iba yo a ir en cuanto vinierais vosotros... Y a telegrafiar «al de Torrelodones».

«El de» Torrelodones es el cuñado sexto y último, que vive en el tranquilo pueblito de la meseta central, adonde le llevó

el destino... el destino de Ferrocarriles, de los que es factor humilde.

Al primero le molesta que «el gorrón», el que ha vivido «a las costillas» del suegro, haya previsto esas ocupaciones preliminares. Pero disimula.

—Entonces, vete; que te acompañe Tristán.

Abandonan la casa los cuñados segundo y tercero, y se quedan acompañando a «la mosquita muerta» el número uno, que se nombra Melitón, y el cuarto, que atiende por Ceferino.

Melitón y Ceferino son «los hermanos» que se soportan mejor. La predilecta gime y sorbe sin interrupción; ya no le quedan lágrimas; tiene los ojos hinchados, la nariz enrojecida y los labios de color de violeta.

La criada de la casa vuelve, en aquel momento, de avisar a Benedicto.

Benedicto—que salió a abrir la puerta «temiéndose algo»—al ver a la fámula preguntó:

—¿Ya?

—Sí.

—Ahora voy.

Su compañera, su «económica mitad»—aquí lo de «cara» sería una injusticia—acostada en el lecho matrimonial con sus tres chiquillos, inquiere:

—¿Es de casa?

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—Nada, mujer. No te alarmes. Tu padre está un poco peor, pero te aseguro que no es nada. Si pasa algo, ya te mandaré aviso.

Y empieza a vestirse rezogando:

—¡Qué horitas, rediez!

Naturalmente, Benedicto llega el último. Por el camino compró un churro que se fué comiendo. Cuando entra en la casa «ya todo está previsto y resuelto». La cámara mortuoria se instaló. Han llegado las esquelas. Regresaron de Telégrafos «el segundo» y Tristán. También espera el marido de la portera y el ebanista del sotabanco, que se han prestado «con mucho gusto» al reparto de la macabra participación. Benedicto, por decir algo, pregunta si ya se ocuparon de hacer aquello que ya está hecho. Todos observan recelosos al quinto. El que gozó hasta aquel día de la protección, tiembla de ira pensando si le hará alguna alusión «al botecito de marras». ¡Y lo que es esta vez no se la aguantará!

Pero Benedicto abre el balcón del comedor y se asoma para contemplar la calle. La noche se está pintando de verde y con la última pincelada se colorea de violeta tímida en las bandas de los portales y de las tiendas. Las aceras y los guijarros de la calle se tornan de nácar; las fachadas de las casas, en lo alto, adquieren el tinte de los limones, y en el cielo se esclarecen las nubes con una palidez de azul desvaído por un lavado con lejía, mientras las estrellas parpadean con el último temblor antes de extinguirse.

Por encima de la grandiosa caperuza del mercado de la ciudad, telón de horizonte

de la calle, se extiende una franja amarillenta que, como el ópalo a la luz, va haciendo diversos colores; el rosa, el naranja, el rojo pálido y el rojo fuego.

Todavía la calle ofrece clarooscuro; las rinconadas se esfuman en la sombra, de la que irán surgiendo; el sereno con su farol apagado, el panadero, la mujer de los churros.

Poco a poco va aumentando el eco de un chirrido. El primer carronato de abastecimiento se acerca al mercado. Detrás, de la cristalera de un balcón se enciende alguna bombilla de luz eléctrica e irrumpe en la calle la voz del vendedor de periódicos.

Los ruidos rasgan las sombras, y la calle, antes silente y misteriosa, ahora se avilana...

II

A las ocho de la mañana, Ceferino, Melitón, Tristán y Benedicto se van a sus domicilios para participar a sus mujeres el funesto desenlace.

En la casa, acaban de entrar la portera, «la» del ebanista, las dos o tres vecinas fisgonas y enlutadas que van o vienen de su misita tempranera; «quieren» acompañar a su Sofia, «la mosquita muerta».

—¿Quién lo iba a decir?

—¡Tan bien como se conservaba!

—¡Cuánto te van a sentir ahora todas las hijas, «sobre todo usted...!»

Sofia se siente herida por el estiletazo; por mostrarse poco interesada y egoísta, replica con una incongruencia:

—¿Quién, ¿yo?... Sentirlo, ¿por qué?

Menos mal que la visita no es inteligente y «no pasa nada».

El marido de Sofia, por mal nombre bautizado y confirmado Consecuente, llama a la fámula y le pide el desayuno.

En menos de quince minutos llegan a la casa las cuatro hijas... que viven en Madrid.

Se abrazan al rígido cuerpo; una sola exclamación palpita en aquellas cinco mujeres sinceramente conmovidas por un santo dolor:

—¡Padre mío!

... ..
Más la intensidad del padecer dura apenas un minuto en el cuerpo humano. Las hermanas, todo puro sollozo, se dirigen precipitadas preguntas. ¿Por qué no las llamaron antes? ¡Ah! Esa dureza de corazón de los maridos—¡como no es cosa suya!—que quisieron dejarlas dormir para que no sufrieran aquella pena... antes de las nueve de la mañana.

Las visitas se retiran discretas.

—¡Ustedes necesitarán estar solas!

Margarita, Sofia, Teresa, Laura y Agueda siguen interrogándose. Se han serenado un poco; sus preguntas van adquiriendo caracteres caseros.

Sólo Laura, la casada con Benedicto, la más censurada y menos querida por «las cosas» de su compañero de que ella, al fin, no debió ser responsable; sólo Laura,

toda dulzura y pena honda, se ha vuelto hacia el padre. Le besa en la frente, le enlaza el gélido cuello con su brazo juvenil, le acaricia las manos frías. Apoya la cabeza en el pecho que ya no late y solloza.

Sofía observa con recelo a sus hermanas. Margarita, la mayor, no olvida la recomendación que acaba de hacerle su marido e inmediatamente toma la dirección de la casa. Sofía, dulcemente, accede y dice, como por compromiso:

—Con mucho gusto; pero como tú no sabes dónde están las cosas, las llaves me las quedará yo...

III

A Benedicto, el madrugón, «le ha sentado como un tiro». Reconoce que la calle por la mañana es una cosa molestísima. La calle no se urbaniza antes de la una y media de la tarde. Tan tempranito, la gran ciudad es un estercolero variadísimo. No se encuentra una cara conocida. Los ruidos mañaneros indignan como insultos. ¡Hasta el sol se va a la acera de enfrente!

—«Allí» no tengo cosa que hacer. Voy a acostarme hasta el medio día.

Y cae sobre su cama, sudoroso, jadeante, con los pregones metidos en los sesos, que le parece se le van a derretir.

Ceferino, en su domicilio, se ha puesto a arreglar a los chicos, a darles el desayuno y enviarlos al colegio.

Melitón se fué a su oficina. Tristán y Consecuente, en el comedor de la casa «del abuelo», esperan la llegada de las visitas de pésame.

Margarita le ha ordenado a Sofía: —Di a la muchacha que suprima el cocido y que haga comida para todos. ¿Qué os parece que se mande traer?

Sofía está a punto de llorar de rabia. Consecuente «hace como que no se enteró» y sigue fumando... Tres cajetillas lleva consumidas.

Aconseja a su mujer: —Nada, nada. Haz en todo lo que quieras «éstas»...

IV

A la hora de la comida no ha faltado nadie, ni Benedicto. «Como están las hermanas atolondradas, no han sabido qué poner» y se han frito huevos, patatas y filetes a discreción. Todos le han hecho honor a los alimentos.

No hay postre y Consecuente manda comprar pasteles. Benedicto encarga que traigan horchata.

Se ha bebido bien. Melitón, Clemente y Tristán tienen los ojos brillantes y las mejillas muy sonrosadas. Benedicto ha «deslizado» un chiste que todos han reído, incluso Sofía y Laura.

Laura le reprocha suavemente: —¡Mira qué cosas tienes!

—Pues mis cosas te gustan, porque tú te has reído—comenta el cuñado número cinco.

No pueden terminar la horchata, porque en la puerta de la escalera suenan varios golpecitos...

Entran mujeres de la vecindad, amigas que vienen de la calle, el portero y el ebanista que ya han repartido las esquelas y a quienes se obsequia con un pastel, un vaso de vino y un cigarro «de veinte», por barba.

Son las tres de la tarde. En el comedor, los cuñados fraternizan. Milagros de la comida abundante y del vino a placer bebido.

Las hermanas, con las visitas, han pasado a la sala. Como son cinco, cada una o cada pareja, tiene dos o tres amigas a su lado. Suspiran las amigas:

—¡Pobre papá!

Las hijas oyen la exclamación y sonríen. Sienten la pesadez de la digestión, en la plena tarde de agosto. Los cirios encendidos dan un calor horrible.

En aquel minuto llega un telegrama de «los de Torreldones».

Dice así: Entendados desgracia lamentá-

mosla. Enfermedad Cordelia impide ir a ésto. Tened todos fortaleza ánimo. Iré Madrid funeral. Abrazos. Leovigildo».

Están los hermanos en la hora de comprender y disculpar. ¡Claro; los gastos de viaje!..

Poco a poco, la casa se va llenando de gente. Detrás de la persiana, Melitón mira a la calle:

—Hay cerca de treinta coches—dice. —¡Ya está ahí la carroza!—anuncia Tristán.

—Faltan quince minutos—susurra Ceferino.

Las mujeres que llegan siguen pasando a la sala. En el pasillo y en el corredor están los hombres. Dos o tres se han sentado; los demás permanecen verticales. Nadie habla. Nadie fuma. En realidad, todos desean que «aquello termine pronto».

Alguien señala la ausencia de los amigos íntimos, «del abuelo»: don Claudio, Fermín, Paco, el carnicero; don Aureliano, el cura; Quiterio, el de la posada; Pascual, el tabernero... los que constituyen la tertulia «del pobre»... la camarilla republicana de los tiempos electorales, de las partidas de julepe de la copa de vino...

Interrumpe el comentario—maldita la gracia que le hace a los yernos, porque sospechan la hostilidad de los viejos—la aparición de Quiterio, el de la posada.

Entra. No saluda. Se dirige a la capilla ardiente. Apesta «a» vino. Para honrar a su compadre, ha bebido; está borracho.

Se abraza al cuerpo inerte y lo zarandea. Lloro y clama:

—Ya le has dado gusto a esos sinvergüenzas de yernos. Ya se van a repartir lo que tú ganaste. Seguramente te habrán precipitado la hora...

Benedicto interviene: —Señor mío: nuestro reloj no adelanta. Conque largo de aquí y procure dormir la «curda» en su domicilio.

Y de un empujón lo pone en mitad de la escalera.

V

Es la hora.

El santo dolor de las hijas resurge. Es indudable que los maridos se conmueven. Una sola palabra ahuyenta de la estancia al Genio Irónico.

—Padre mío. ¡No te volveré a ver!

VI

Al bajar al portal, los yernos han descubierto en la calle, en la acera de enfrente, al grupo de amigos del que fué su suegro. Han heredado «ya» el odio del camarada contra los jóvenes maridos que se van a llevar ahora, «en una merienda de negros», el caudal de aquel fecundo padre de seis hijas.

—¡Son una colección de hambrientos que vienen por mis dineros!—había «carrapeado» siempre.

Benedicto se mete en el primer coche de respeto con Ceferino y Melitón. En el segundo, por una «pelotilla», le ofrecen asientos Consecuente y Tristán a don Claudio y a don Aureliano, el cura. Estos les rechazaron la galantería.

Melitón se alegra: —¡Por primos!

El recorrido se hace lentamente bajo ese sol asesino de agosto, a las cuatro de la tarde.

Suponiendo que el coche no anda, pasan por delante de las ventanillas los barrios populares, un trozo galdosiano del Madrid de 1864; cruzan un distrito burgués, invernándose la caravana—espectáculo macabro impropio de una gran ciudad del siglo XX—en las calles aristocráticas de trazo uniformemente universal, hacia un suburbio blanco de edificaciones nuevas y lleno de ruidos alegres.

Al fin, el cortejo alcanza la altura de seiscientos y pico de metros sobre el nivel del mar (según el Instituto Geográfico y Estadístico), frente al obelisco que embellece una plaza llamada de la Alegría.

Se detiene la carroza y se paran todos los coches. El lacayo del de respeto abre la portezuela y actuando de maestro de ceremonias dice:

—Bajen ustedes. Pónganse en fila. Los cinco yernos forman ante el grupo de gente que va descendiendo de los otros coches. Parece que están ante el cuadro reglamentario que va a fusilarlos.

Benedicto no oyó bien la primera frase. Empiezan a pasar por delante de él personas con caras desconocidas. Todos, como un santo y seña:

—¡Lo mismo digo!—murmuran. Pero él no recuerda lo que le han dicho. Ante el cuadro ridículo—impropio de la seriedad del momento—no sabe si indignarse o reír.

—Esto es grotesco—piensa. ¡Qué caras ven cruzar cinematográficamente! Múltiples manos—blandas, fuertes, frías, sudorosas—aprietan o cogen la suya.

Con el último manifestante, el lacayo vuelve a dirigir:

—Suban ustedes a los coches. Desde este momento, la caravana se pone al trote.

Atrás quedan: el Paseo de Ronda, Madrid Moderno, el arroyo Abroñigal, los merenderos que recuerdan tantos domingos de buceo, las chozas de los marmolistas, los hornos de cocer ladrillos. Anarece al fondo, con cierta grandeza decorativa, la Necrópolis.

**

Tras los cuatro jornaleros de caras patibularias que conducen a la tierra lo que ya sólo tierra es, caminan en silencio los cinco cuñados y, detrás, el grupo de los viejos amigos leales.

Todo el sendero es arena removida.

Consecuente, al despedir la carroza, empezó a repartir propinas; y en un papel va anotando estos gastos. Presintiendo la cercanía de la hora de las cuentas, va sintiéndose invadido por una comezón de angustia y de miedo.

**

Llegan junto a un hoyo profundo cavado en la tierra blanda. Queda el cuerpo que ya no latirá más al descubierto. Alguien susurra un rezo. Don Claudio le echa el primer puñado de tierra. Consecuente, movido por la contrariedad de lo que pierde, se inclina y lo besa. Tristán, con la inconsciencia del «caso», cuando la tapa oculta para siempre aquella materia ya incontentada a sus expansiones, quiere echar también su puñado de tierra. El Genio Irónico, que invisible preside las escenas que voy relatando, desvía la mano de Tristán, que por error, y acaso por insensibilidad del tacto, coge una piedra y la tira... Sobre la tapa de paño negro y galón dorado suena claro y limpio el cantazo...

VII

La última paletada de tierra cede, se aprieta, se cohesiono bajo los zapatonos de un macabro jornalero, cara estigmatizada siniestramente, que airado por la falta de propina y la tardanza en «abuecar el ala» de aquellos once personajes de la comitiva, clama despectivo:

—Ya se puén ustés ir, que no se escapa...

A Benedicto le indigna la brutalidad del sepulturero, y con ademán rápido detiene el brazo de Consecuente, pronto a tenderse «con la costumbre».

—¡No hay propina!—dice con sequedad. Están frente a frente los yernos y los amigos de «que fué»...

Benedicto, que representa la decisión y el «a mí qué me importa!», inicia el regreso. Delante, Tristán, Ceferino, Melitón, siguen al cuñado resuelto. Consecuente, más solapado o más temeroso, se acerca a don Aureliano, el cura, y a don Claudio. Ya saben ellos: aunque el abuelo «nos» haya abandonado—¡y cómo él lo echará de menos!—la casa (con que sueña quedarse) es siempre suya. Pueden ir cuando gusten. Allí

encontrarán siempre un vaso de vino y una torrija...»

Tristán, comenta:

—¿Habéis visto a ése haciendo la pelotilla?

Los pinos del cementerio verdean el aire denso que queda temblando en el vacío de los rayos solares erizados sobre las altas nubes en esta hora del poniente. Las acacias languidecen sobre la última carroza que cruza al trote de dos caballos familiares la senda de la morada definitiva.

La luz color naranja que se sume en la profundidad del horizonte visible, besa el rostro y enciende las alas del Ángel trompetero del Juicio final.

El marido de «la mosquita muerta» se une a «sus socios», que ya le aguardan en el interior de los coches llamados de respeto.

Le indica al lacayo:

—¡Arrear para casa!

Y otra vez, las chozas de los marmolistas, los hornos donde se cuecen los ladrillos, los primeros ventorros del arrabal, el olor a la fritanga de gallinejas, manjar para desamparados y mangantes, el puentecillo sobre el aranal que un día fué también «aprendiz de río», los talleres del «Metro», la nueva plaza de toros y, por fin, la ciudad.

Lon landós entran en la calle de Alcalá, veloces. Ya no se ve el sol, y una sombra azul y violeta que se irá prendiendo en alfileres de colores, lo envuelve todo. La noche es como una mantilla que sirve de tapujo a tantas gentes...

VII

Entretanto, don Claudio, don Aureliano, el cura; Quiterio, el de la posada; Fermín, Paco, el carnicero, y Pascual, el amo de la «tasca» de las Vistillas, han vuelto a ocupar la vieja jardinería—seguramente un antiguo «ripers» transformado—llena de cascabeles e inundada de palabrotas «conocidas».

Don Claudio, inquiera:

—¿A dónde?

—A Madrid—opina el clérigo.

—¡Que nones!—exclama Quiterio, el de la posada, aquel que llegó hasta la capilla ardiente el reto dirigido a los yernos, los «negros» de la próxima «merienda».

—Opino—interviene Fermín—que debemos quedarnos en la «Gloriosa».

—¡Hombre, considerad que yo!—pretende argüir don Aureliano.

—Y a usted, ¿quién le manda venir con esos hábitos?—reprocha Quiterio.

Paco, el «tasquero de las Vistillas» descubre que bajo el asiento del mayoral escondió oportunamente una bota de media arroba «del de Arganda».

—Pero padre—insiste Fermín—nos metemos en un comedor...

—Que no se diga, don Aureliano, que usted se repucha; ¿es usted o no es de los buenos?—induce Paco, el carnicero.

—¿De los buenos? ¡De los superiores! Decirle al conductor que tire para donde quiera.

—¿A casa Rioja!

—A casa Rioja o a casa Valdepeñas.

—¿Quién ha traído los lacones?

—¡Yo!—contesta Quiterio.

—¡Pues arrea!

—¡Que arrees!

Y sale la jardinería «arreando» con dirección a un ventorro castizo que está aislado entre media docena de acacias a la derecha del camino de Canillejas.

Allí no habrá gentío y podrá expandirse don Aureliano sin temor al qué dirán.

La bota corre de mano en mano.

—¡Pobre Cirilo!

—Ya, ya; qué ocho días ha pasado el pobre.

—Sin catarlo.

—Y que lo digas, hombre. De este de Arganda que hoy traigo no pudo beberlo el pobre.

—¿Es cristiano este vino?

—No, que es moro.

—¡Venga un trago! Yo, aunque cura, quiero el vino sin bautizar.

—Ya sabe usted, que en mi casa los amigos beben el vino como va del lagar a la bodega.

—¡Así sea!

—¿Se pega al riñón, padre?

—Se pega y no seré yo quien lo separe.

—Oiga usted, don Aureliano, el vino que bendijo Cristo, ¿era tinto o era blanco?

—¡Qué importa el color, Pascual! Era vino.

—¡Qué grande es usted!

—¡Si estuviese aquí Cirilo!

—Ya estarán los yernos repartiéndose los dineros del pobre.

—¡Hato de vagos!

—Y de sinvergüenzas.

—Siete copas me debe el Tristán.

—El único simpático es Consecuente.

—También es una hormigueta.

—Pero a ése le quería el pobre Cirilo.

—El que es un antipático y un soberbio...

—Sí, ya; el Benedicto; el señorito.

—Un señorito sin dos «gordas» y muerto de hambre.

—¡Menuda merienda de negros!

—Sed piadosos. También nosotros vamos de merienda.

—Pero nosotros no nos comemos nada de Cirilo.

—Hombre, los lacones son de los que él trajo de Galicia.

—Mí si se enteran los yernos que el jamón y los lacones que él trafa eran pa nosotros.

—En eso hacía mal Cirilo.

—Hacía muy requetebién. ¡Pa los hambrientos esos iban a ser!...

En este punto de la conversación, rociada por sendos tragos del de Arganda, que ya se nota escasear, la jardinera, con estrépito de cascabeles y de palabrotas, de «arres» y de «sós», de risas y de advertencias, se para delante del ventorrillo de Canillejas.

Una hermosa luna de agosto ilumina el lugar. Tabletean las cigarras, chillan los grillos, hay un zumbido en el aire denso.

El mayoral «alterna» con los amigos del difunto.

La noche es serena y grata. Bajo una parodia de parra se coloca una ancha mesa y sobre ella la casi exhausta bota. Un ventorero que ya no es moza, pero sí fresca y risueña y oronda, coloca jarras sobre la mesa. Todas las vasijas de loza, mejor dicho, de barro, tienen leyendas y dibujos.

Una: Valdepeñas—reza.

Otra: Pardillo.

La tercera: ¡Viva Arganda!

Otra más: ¡Beba mi dueño!

El amo del ventorrillo conoce a los clientes que la Muerte le depara. Conoce también sus gustos. Se hace cargo de los lacones y pregunta, con interrogaciones inútiles:

—El conejo con tomate, ¿verdad?

—El lacón primero.

—Por sabido se calla.

—Luego chuletas. Tengo una sandía como una bola del puente de Segovia.

—Pues prepara vino fresco.

La cena se prolonga hasta la madrugada. Se bebe, como si aquellas gargantas no tuvieran fondo. Asusta la capacidad vinícola de los seis amigos y del mayoral. Don Aureliano repite los cuentos verdes de siempre. Quiterio luce la maravillosa «toquilla» hija de estos festines «castizos».

Ya nadie se acuerda de los yernos ni del pobre Cirilo. La ventera, a la luz blanquecina de la noche lunar, que hace pardos todos los gatos, se ha sentado entre don Aureliano y Paco el carnicero. La pellican, la abrazan, la pisan, ella no podrá decir quién, ni lo diría aún sabiéndolo, que es discreta por callada y nada gatzmoña.

A las tres canta un gallo y el «cántico empuja a los «curros» hacia Madrid.

VIII

Los coches «de respeto» se han detenido, al fin delante del portal de la casa.

Arriba, en la sala, las hermanas esperan, charlando de sus preocupaciones caseras: los hijos, el precio a que está todo, la mala suerte del marido durante aquel año...

Hace ya mucho rato que se marchó la última visita y la alcoba «del abuelo» ha vuelto a tener su aspecto de costumbre. En la casa queda un fuerte olor a éter. Alguna de las hermanas aún sorbe, de vez en vez, y tiene enrojecida la punta de la nariz por el llanto convulsivo que «ya se le pasó».

En la cocina, la fámula fríe nuevamente patatas y filetes.

Ceferino, Consecuente, Melitón, Tristán y Benedicto han subido con rapidez las escaleras. Como obedeciendo un mismo impulso, sin previo acuerdo, todos se han dirigido al despacho. Sofía, «la mosquita muerta» al verlos ha musitado con un ligero tenororcillo en la voz:

—Vosotros tendréis que hablar.

Y las cinco hermanas, de repente suspensas y silenciosas, se han ido al comedor.

Se oye la sangre saltar en las venas. Los cuñados cejijuntos, herméticos, se han sentado alrededor de la habitación. Nadie se atreve a posar sus malgas sobre el cuero destruido del sillón que fué del suegro.

De pronto, con voz extraña y acento y ademán dramáticos, cerrando los ojos como quien dice: «¡Sea lo que Dios quiera!» y entrega su voluntad a la fuerza de su destino, Consecuente, tirando sobre la alfombra un llavero numeroso, habla resueltamente:

—Ahí tenéis las llaves. En el cajón del centro están los papeles, las acciones de A. y de B., los pagarés del tío Manolín...

(Las caras se descomponen o se congestionan, según el temperamento de cada hombre, tímido o violento, activo o pasivo.)

—La llave pequeña—continúa el yerno favorito en desgracia—es de la caja. En ella está todo el dinero...

(Los rostros se animan; algún suspiro escapa de un pecho oprimido.)

—...todo el dinero que había en la casa; es decir, todo no. «Menos» lo que se ha gastado durante la enfermedad «de papá».

Ese «menos» ensombrece el rostro de los cuñados primero, tercero y cuarto. Benedicto observa y siente deseos de despreciar, de compadecer... y de sonreír...

—Pero bueno—habla Tristán sin preguntar al marido de «la mosquita muerta» si aún le falta algo por decir—: ¿qué es eso de los pagarés del tío Manolín?

—«El abuelo»—explica el yerno número dos—tenía prestados al tío de Puente deume veinte mil pesetas.

—¡Qué escándalo!

—Dispuso de un dinero que no le pertenecía.

—¡Claro! Ese dinero no era suyo, sino de sus hijas.

—Es verdad; sin embargo, nada se ha perdido porque... leed los documentos. El tío Manolín, ante testigos y respondiendo con sus tierras y la casona de Puente deume, se compromete a devolver ese dinero cuando se le pida.

—¿Cuándo se le pida?

—Sí.

—Eso es otra cosa.

—¿A ver los documentos!

—¡Hay que escribir en seguida al tío Manolín!

—Todo eso está muy bien—y con su palabra detiene Ceferino el movimiento de sus cuñados que iban a ponerse de pie—. Importa saber, antes que nada, a cuánto ascendía el dinero que el abuelo tenía en caja.

Consecuente palidece y traga saliva:

—Siete mil pesetas.

—¿Nada más?

—Nada más.

La ira y la decepción abultan unos ojos y tuercen algunas facciones.

—A ver lo que hay ahora en caja.
 Consecuente abre, vuelca el continente sobre la mesa y cuenta. Todos se agolpan. Benedicto observa los movimientos de su hermano político.
 —Hay tres mil seiscientos pesetas.
 —¿Y el resto?
 —Se ha gastado.
 —Eso es imposible. ¡En ocho días de enfermedad! Hay que ajustar cuentas.
 —Las que queráis—acepta el lagotero, vi-vidor. «chupa del bote».
 Tristán, deseando aclararlo todo:
 —Bueno a ver el valor de esas acciones.
 —Nulo.
 —¿Cómo nulo?
 —Nulo, porque están a su nombre y son intransferibles.
 —Pero esto es una estafa.
 —¡No te consiento esa palabra!
 —La repito y tú has sido un cómplice del suegro. (Ya nadie le llama «papá» ni «abuelo».)
 —¿Yo? Eso no lo vas a decir...
 Benedicto se pone por medio.
 —¡Basta! Respetad a las mujeres, que seguramente nos oyen, ya que no os respetáis vosotros.
 —Pero, ¿tú ves lo que ha pasado aquí?
 —Pero, ¿tú oyes lo que me dice ese?
 —¡La verdad!
 —¡Lo que te mereces!
 —¡Silencio, porra! Que están los balcones abiertos y los vecinos, seguramente, acechan en espera de esta escena desagradable. Que se quemé la casa, pero que no se vea el humo.
 —¡Vaya camelo que nos ha dado don Ciriaco! (También le han suprimido lo de «suegro».)
 —¿Que camelo? Di mejor timo.
 —A ver, a ver; cuentas. Que se rindan cuentas.
 —Si seguís dando esas voces, no vamos a ponernos de acuerdo nunca. El que grita no razona—dice Benedicto para calmar a los excitados.
 —Es necesario que sepamos...
 —¡Y dale, porra! Ya lo sabremos todos, pero sin grésca. ¿Queréis dejarme hablar? Yo no me acaloro. ¿Vamos a ser prácticos?

—Bueno; pero antes...
 —No hay antes. ¿Vamos a ser prácticos?
 —Sí.
 —Habla, a ver.
 —Vengan esos pagarés del tío Manolín. (Benedicto lee. Los otros murmuran entre ellos o escuchan de mala gana, y «porque no se diga» y no echarlo todo a rodar.) Este documento está muy bien hecho y el tío tendrá que devolverlo todo, apenas se le indique.
 —Pues claro—aprovecha Consecuente—. Precisamente tengo yo un telegrama...
 No le dejan acabar.
 —¡A ver, a ver!
 El tío Manolín envía el pésame y les dice que «está a la disposición de todos ellos» en cuanto lo crean necesario.
 —¡Ah, muy bien! Pues hay que mandarle venir en seguida.
 —¿Os convencéis cómo con gritos, no se adelanta nada?
 —Claro.
 —Tienes razón.
 La nube trágica se aleja.
 —Tenemos la obligación formal de aceptar en toda la voluntad del muerto...
 —Desde luego.
 —Entonces, debéis tener en cuenta que hasta ayer mismo, el suegro (ya le devuelven el parentesco), con pleno conocimiento, fué el amo de su casa.
 Consecuente envía una mirada de gratitud a Benedicto.
 —Nadie ha discutido los actos «del abuelo».
 (Siguen las restituciones familiares.)
 —Pues, ¿a qué vienen esos chillidos? Aquí se ha gastado «lo preciso» para sacar adelante al suegro. (Benedicto es el único que no le concede más papel que el de suegro.) Porque—continúa—éstos (y señala al ex favorito) tenían el deber de salvarlo.
 —Hombre, claro; eso no se discute. (Es preciso señalar que esta réplica la dice Tristán sin demasiado convencimiento.)
 —Si «eso» no se discute, no tenemos más que hablar. Hasta ayer, él fué el único dueño, y hoy somos aquí todos iguales. Seamos prácticos. ¿Hay doce? Pues tocamos a dos. No tenemos derecho a turbar el dolor

de las hijas. Aceptemos, pues, lo que nos dan y repartámoslo «como buenos hermanos».
 Benedicto termina su perorata con un latiguillo declamatorio. Es innegable que los ha dominado, si no los ha convencido. La dicia de unos, el deseo de acabar pronto en los otros; la necesidad de aceptar lo que buenamente les hayan de dar, en suma, resuelven en comedia lo que amenazó ser tragedia.
 Si alguno «no se traga el paquete», lo calla porque se siente en minoría y en último término porque el cuñado número cinco tiene razón.
 —Si no hay «más» que eso y no se ha de conseguir otra cosa, ¿para qué dar lugar a que la justicia (con minúscula) se lo coma todo y encima los vecinos se rían de nosotros?
 Desde el pasillo, Sofía pregunta con timidez:
 —¿Queréis cenar?
 Su marido replica sin poder disimular el contento.
 —En seguida. Y mira qué vino hay, pues seguramente habrá necesidad de ir por más.
 El próximo reparo, el olor de fritos y la promesa del vino, desvanece todas las sospechas y facilita las soluciones.
 —Ea, a comer—acepta Ceferino, el más remolón.
 La hermana mayor, desde la cocina, grita:
 —Ya habiaréis luego.
 Consecuente asegura:
 —Ya lo tenemos todo hablado.
 Y Sofía, con un suspiro profundo:
 —¿De veras?
 Risas y voces irrumpen en el comedor. Cae el vino de los vasos con un chorro amplio y prometedor. Los platos tienen ruidos alegres. Benedicto dice un chiste: Su propia mujer, la más apenada, le reprocha cariñosamente.
 —¿Qué cosas tienes, hombre!
 —¿No es la verdad?
 Melitón, con la boca hena, pide:
 —Tú, Sofía, ¿me das otro filete?
 Y la cena transcurre cordial, feliz. En el balcón, bajo el cielo estrellado de la noche de esto, el pranzado betijo rezuma...
 Madrid, julio, 1926.

(Prohibida la reproducción)